

La transcripción directa de las afirmaciones de José Luis Rubio en esta obra, ilustra sobre su contenido, de manera mucho más expresiva que cualquier otro tipo de síntesis o resumen. En cuanto sostiene con apasionamiento y brillantez una tesis que se proyecta en clara proximidad sobre el lector iberoamericano y que en cierto modo significa una respuesta a las indecisiones de nuestra época, el libro merece incorporarse por derecho propio a la mejor bibliografía iberoamericana.—RAÚL CHÁVARRI.

FERNANDO QUIÑONES: *La guerra, el mar y otros excesos*. Emecé, Buenos Aires, 1966.

Fernando Quiñones es, sin lugar a dudas, uno de los mejores narradores actuales de España. Su carrera, desde *La gran temporada*, con que obtuvo el premio de «La Nación» en Buenos Aires, hasta *Historias de la Argentina*, de redacción y publicación muy recientes—por lo que permite juzgar de la fase más cercana de su autor—, es una constante profundización, tanto en el fondo como en la forma, en la línea de algo que podríamos llamar *realismo lírico*, o acaso—y más retorcidamente—*testimonio barroco*, lo que vendría a ser, en realidad, testimonio de lo barroco, de lo complejo y caótico, de lo real en suma. En este breve, pero fructífero desarrollo, el libro que hoy comentamos es, según el propio autor, *una inesperada, pasajera y seguramente necesaria desviación de ruta*, con mucho de liberación, con mucho de descanso, pero también, respondiendo al realismo peculiar del escritor gaditano, con mucho de acendrada crónica humana, de trasplante fantástico de lo cotidiano o, simplemente, de captación del dato existencial a través del ojo mágico de este tipo de literatura.

Comienza el libro con un capítulo titulado «Tres inmortales». El primer cuento, *Un cuento industrial*, es nada menos que Schubert que vuelve. Schubert apareciendo medio muerto junto al moderno edificio de la empresa que va a lanzar una nueva edición de su «incompleta» (*Parece que se llama Schubert—dijo [el inspector] incorporándose—*. *Que nadie toque el cuerpo*, son las palabras finales, definitivamente reveladoras). Quiñones continúa hilando literatura en las páginas en que ofrece un «Balance» del volumen: *He aquí, a título de curiosidad, el que es, para mí, el último secreto del cuento, su trágica paradoja: la gigantesca aplicación industrial y económica de algo gratuitamente producido, con la sangre de sus venas, por una persona*

que se murió de hambre o poco menos. Otra autoversión—quizá más siniestra todavía—del cuento: el buen Dios decide reenviar a Schubert para que perciba los actuales tamaños de su obra, pero no hace bien las cosas; no es capaz, sino a medias, de sustraerlo de la muerte.

El *sultán obrero*, segundo cuento del capítulo, es para mí la constatación más patente de un juicio de conjunto sobre el libro que me parece otros compartirán: por más fantásticos que sean, algunos de estos cuentos tienen un carácter de crónica que les otorga un sabor realista, descriptivo, de apuntes de viaje, que es, a veces, lo más apreciable de la narración, sobre todo en ciertas piezas de poco efecto, y cuyo final sorpresivo no nos interesa mayormente, quedándonos, en cambio, con el desarrollo, con los detalles elaborados por el autor aquí y allá, la rotundez de una instantánea humana, un tipo, un garabato poético que fija el ambiente, que da un brillo inolvidable. Puede que pase el cuento, pero siempre recordaremos luego la frase certerísima. Este mérito del autor ocurre en todos los cuentos, aunque su peso se haga más notorio en algunos.

«Jasón Martínez», tercer cuento del capítulo, es la historia de un pobre hombre, un mediocre vendedor poseído por el espíritu del incansable perseguidor del vellocino de oro, que le conducirá a la muerte en la acucia de su búsqueda. La evolución de Martínez, el progresivo dibujarse de su destino, están narrados con muy buena mano, y es, para mí, el mejor cuento de la serie.

El segundo capítulo, «Difuntaje vario», comienza con un estupendo cuento, *Muerte de un semidiós*, historia del hombre que ha dedicado su vida al vino, al «oficio», y se ha hecho vino ya, desapareciendo consumido al final, por el casual contacto de su alcohólico ser con una llama de carburo. Aquí destacan las cualidades narrativas de Quiñones con una especial acentuación, porque el escritor se deleita en los ambientes de vino y mar, en los que se desata su barroquismo andaluz, y entrelaza en el contar sucesivas metáforas, *la recia emanación alcohólica de su persona, el panzudo y silencioso ejército de los barriles, las quietas sombras entre las que trabajan las arañas del vino, o ese olor del alcohol, recóndito y ostentoso al tiempo como un nocturno de Chopin*, que es todo un regodeo verbal para consumo de iniciados.

El crimen perfecto de «La tumba giratoria», con ese cadáver «enterrado» en un disco microsuro, tras incinerarlo repetidas veces, nos da un magnífico cuento, en proporción inversa a su tamaño, que es de una página. Parece que estamos ante alguna cronopiada del maestro Cortázar, comparación justa, ya que el español alcanza en algunas narraciones de este volumen la altura del argentino, desplegando un

virtuosismo de sorpresivas situaciones o argumentos, de macizos y a la vez ligeros desarrollos, de inesperados finales o revelaciones. Y otras veces, la suave poesía de lo fantástico iguala desahogadamente la que nos ofrecería un Bradbury.

El tercer cuento del capítulo «Nueva versión de la bella y la bestia», parece ser el que menos gusta a su autor, pese a la divertida trama de la chica hecha «belleza pública» de la ciudad, las relaciones de la despampanante con su benefactor, y el ágil estilo de cosa periodística que utiliza en éste como en otros cuentos Quiñones. Por mi parte, me quedo del cuento con la frase final, explicando el destino de la muchacha *que parecía haberla agarrado, de un solo golpe, el lento y largo incendio del tiempo*—y esto dicho, arrastrando un poco las sílabas, con inconfundible acento andaluz, con detenimiento moroso ante la magnitud del hecho y la joyería literaria.

*La guerra, el mar y otros excesos*, ese envidiable título que Quiñones encontró para su libro, digno de ser utilizado al infinito, con distinto encabezamiento de excesos, es también el título del tercer capítulo. «Patos, Berlín, la guerra», su primer cuento, no es nada fantástico, pura mezcla de impresiones evocadas, meditaciones vitalistas antibélicas y poesía de toques rápidos, todo girando alrededor de una pata que no se le ocurre cosa mejor que hacer su nido en un cañón abandonado. La enumeración final, que transcribimos, da cuenta del ambiente del cuento y de un modo de hacer muy propio del autor: *Por el bocado, que ya se estaban disputando sus hijos, andaban confundidos y tocados por la sagrada saliva del ave miles de hombres y de mujeres; en él bullía, viva, la transfiguración de millones de esperanzas y de pasos, de esquinas airosas y feas, la Stalinallee y la Kurfurstendamm, los maravillosos edificios de la Hansa y los niños y los perros recién nacidos; la señora Kusitzky y Werner y Marx, y la chica del avión, y la pobre y bienvoluntada tristeza del «Casino 51», y los barcos del Spree, y las cornejas del Treptov y Rosemarie Wieprecht bajo la lluvia, y también los dos jóvenes soldados rusos que estaban allí, cuatro metros más abajo, con todos los soldados rusos e ingleses y alemanes y americanos, y las muchachas del Krantzer, y los balandros del anubarrado Wan See y la Olivaerplatz, y todo cuanto no era miedo ni muerte ni política ni fusiles ni alambradas, sino simple y desnudo y entusiasmado asombro de vivir.*

El segundo cuento «Aún no ha perdido su color el mar», es una espeluznante historia de marinos que evocan los mejores prostíbulos recorridos en su larga vida navegante. El interés de la tertulia será arrebatado—macabramente arrebatado—por uno que cuenta de un baratísimo antro australiano en que el oficio amatorio era cumplido

por canguras vestidas de mujer. El estilo del gaditano se hace en este cuento irónico y desenfadado, de familiar intimidad con el mar y sus cosas: *Todavía, gracias sean dadas al destino, hay buenas peleas, incluso súbitas y limpias peleas colectivas, por los puertos del mundo. Todavía no ha perdido su color el mar, ese interminable sinvergüenza.*

«Un texto escolar sobre OH», supuesta redacción escolar sobre una futura «Operación Humanidad», que habrá reunido en 1994 a todo los hombres en la isla de Cuba para una convivencia pro-paz, es una troceada narración muy interesante que recibe su final condimento con esa frase que cierra las instrucciones pedagógicas —y el cuento—: *Explique el profesor la vanidad de todo.* La radical ambigüedad de lo humano, lo precario de los intentos pacifistas, y al mismo tiempo su necesidad urgentísima, quedan patentes en la historia.

Siguen tres «Nuevas parábolas», verdaderas continuaciones del Evangelio, que lo prolongan brevemente, dando epílogo a las bodas de Caná, y añadiendo dos nuevos episodios, uno de ellos, «La parábola de los diez dineros», de delicadísima belleza.

El capítulo se cierra con el «Caballero andante», que busca a don Quijote para medir con él sus armas. *Pero a ese caballero o lo que fuere, que, por lo que oí contar, tanto se asemejaba a vucencia, no va a hallarlo ya, señor, ni va a poder desafiarse con él porque falleció mesmamente ayer, Dios lo tenga en su gloria.* Podemos imaginar, y ese gozo nos lo deja el autor, la polvorienta vuelta del caballero por la llanura, tras la queda visita a la reciente tumba de «Quijano el loco».

El cuarto y último capítulo, «Mutaciones», da un rotundo final al libro, con tres historias muy distintas, pero apreciabilísimas las tres. «Las campanas de Compostela», que inicia el capítulo, es un confeso homenaje a Jorge Luis Borges, y también, desde luego, a Santiago. El cuento, deliciosa mezcla del dato real con lo imaginado, del apunte bibliográfico o el recuerdo fechado con la cabriola fantástica, vestido todo con un añejo sabor erudito, pero del erudito que cata a fondo y gusta y comulga, está hecho de trozos como éste: *La historia de las maléficas transformaciones de la Antiga tiene algo en común con la de cierto paraje de la Odisea y aún más con la de una fábula nórdica: la Antiga, como Baldanders, es también un monstruo sucesivo. Castigada por el Cielo, esta campana atroz fue, por el orden en que los damos, una cuerda, un pez, otra vez una cuerda, una vieja prostituta, una barca de granito, una extensión de césped silvestre, de nuevo un pez y, por último, un pan de centeno, de cuya forma final pasó a la de campana, ya estable al parecer. O como este: En realidad, los textos de la época carecen de un lenguaje lo suficientemente maduro como para expresar con precisión la gran metamorfosis anual que*

*experimentó la Fremosa sólo durante sus dos primeros lustros de vida: el cuarto día de cada cuaresma, y a todo lo largo de las tres mañanas siguientes, aquel artefacto se convertía en una enorme boca humana, sanguinolenta, abierta y dirigida hacia la tierra; es decir, en su posición natural de campana, etc.* El mundo fabuloso de las leyendas, las míticas vidas de las campanas de Santiago, está presente con fuerza y encanto en este cuento, y llegamos a querer conocer personalmente a la Antiga, la Fremosa, la Sañuda, la Tristania y los demás maravillosos personajes-campana que pueblan la crónica.

«El parpadeo», segundo cuento del capítulo, es una ¿reflexión? humorístico-metafísica sobre un posible parpadeo catastrófico, tal vez del ojo de Dios, que amenaza la existencia del mundo.

Juan Pradobueno, vecino de Marruz, como los protagonistas de *La gran temporada*, taurología humana de Quiñones, es el «otro semi-diós», cuya historia cierra el libro. El hombre, progresivamente atraído por el reino marítimo, acaba por convertirse en lenguado y hacer, frente a sus antiguos vecinos, algunas felices maniobras acuáticas. *Aseguran, en fin, que se alejó sin volver la cara, vigorosamente y casi por el aire, como si las sogas del sol halaran de él hacia la gloria del mediodía y la alta mar. Pero este último extremo de la historia ha sido atribuido por E. E. Randall, el investigador y biólogo inglés, que tomó cartas en el caso, a pura demasía local, clásicamente andaluza, y a un límpido ejemplo de sugestión colectiva: el lenguado no es un pez saltarín.*

Demos gracias a esa demasía, «clásicamente andaluza», que ha producido toda esta colección de excesos, merecedora de figurar en los «grandes novelistas» de Emecé, donde añade otro nombre español a los tres ya presentes: Castillo Puche, Cela y Juan Goytisolo.

Y merecedora de otorgarnos un delicioso rato de lectura, un viaje con elocuente guía por el país de los excesos, una inmersión en lo fantástico, de la que salimos goteando asombro y satisfacción por esta faceta de Fernando Quiñones, gran fabulador, capaz de ensartar historias a propósito de casi cualquier cosa.—JULIO E. MIRANDA.

FRANCISCO FERNÁNDEZ-SANTOS: *Historia y filosofía*. Ediciones Península, 1966.

*Historia y Filosofía* es un conjunto de siete ensayos, publicados en su mayoría anteriormente por separado, que giran en torno a la problemática de lo que el mismo autor llama la «filosofía dialéctica de la